

SOBRE EL DESTINO FINAL DEL GÉNERO HUMANO

KÖNIGSBERG, 19 DE ABRIL DE 1785

EMMANUEL KANT



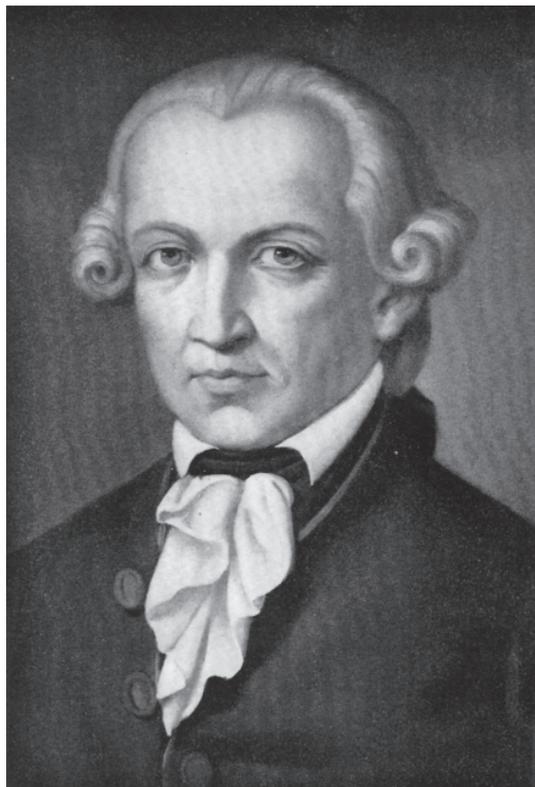
REFLEXIÓN FINAL DE LAS *Lecciones de ética* que el gran filósofo alemán ofreció por casi dos décadas en la Universidad de Königsberg, el siguiente texto fundó una de las tantas filosofías de la historia humana que, desde los *Principii di una scienza nuova d'intorno alla natura delle nazioni* (1725) escritos por Giambattista Vico, marcaron una época de la reflexión sobre el destino de la humanidad. Pese a su antigüedad, este texto sigue hasta nuestros días inspirando “la inquietud del perfeccionamiento constante” que Pedro Henríquez Ureña propuso en 1922 a los estudiantes de la Universidad de La Plata.

El destino final del género humano es la perfección moral en tanto que ésta pueda ser realizada mediante la libertad humana, capacitándose así el hombre para la mayor felicidad. Si Dios ya hubiese hecho perfecto al hombre y hubiese distribuido a cada cual su cuota de felicidad, todo ello no sería fruto de un principio interno del mundo, que no es otro que la libertad. El destino del hombre se cifra, por lo tanto, en conseguir su mayor perfección a través de su libertad. Dios no quiere únicamente que seamos felices, sino que debemos hacernos felices, lo cual constituye la verdadera moralidad. El fin universal de la humanidad es la suprema perfección moral, de tal modo que si todos quisieran comportarse de manera que su conducta se compadeciera con esta finalidad universal, se alcanzaría con ello la perfección suprema. Cada cual ha de esforzarse individualmente por adecuar su comportamiento a esta meta.

Ahora bien: ¿en cual tramo de ese camino se halla el género humano? Si consideramos la porción más ilustrada del mundo comprobaremos que todos los estados están alzados en armas los unos contra los otros. Esto acarrea ciertas consecuencias que obstaculizan el acercamiento del hombre a ese fin universal de la perfección. Si se realizara la propuesta del abad de Saint Pierre respecto de una federación cosmopolita de estados, este paso se constituiría en un notable avance del género humano, en un verdadero hito en su camino hacia la perfección, pues tal suceso podría inaugurar la época en la que se propiciaría constantemente aquella meta. Pero no es posible esperar algo semejante de parte de los príncipes, quienes gobiernan caprichosamente y a su antojo porque no tiene ascendiente alguno sobre ellos la idea del derecho. ¿Cómo se ha de propiciar entonces esa perfección y de qué lado cabría esperarla?

No existe más camino que el de la educación, la cual ha de adecuarse a todos los fines de la naturaleza y de la sociedad, tanto civil como doméstica. Sin embargo, la educación que recibimos en la casa y en la escuela resulta todavía muy deficiente, tanto en lo que concierne al cultivo del talento, de la disciplina y del adoctrinamiento, como en lo referente a la formación de un carácter regulado por principios morales. Se piensa más en la destreza que en la intención de valerse bien de ellos.

Entonces, ¿cómo puede ser gobernado un estado de otra manera sin que sus dirigentes reciban una educación adecuada? Cuando la educación sea dirigida al desarrollo correcto de los talentos podría configurarse el carácter moral, pues esos talentos terminarían por ascender hasta los tronos, y así los príncipes serían educados por personas diestras a tal efecto. Hasta la fecha ningún príncipe ha contribuido jamás en algo a la perfección de la humanidad, a la felicidad interior o al valor del género humano, pues se ocupan únicamente del florecimiento de su estado, que para ellos es lo más importan-



Emmanuel Kant

te. Sin embargo, una educación apropiada acabaría con esa cortedad de miras y les sensibilizaría ante una fórmula contractual de carácter global. Una vez sentadas estas bases, la idea se propagaría hasta calar en el juicio de todos y cada uno de los hombres. No es el monarca el único que ha de ser formado en esta idea, la cual ha de extenderse a todos los miembros del estado, con objeto de que éste cobre solidez. ¿Cabe esperar tal cosa? Las instituciones educativas de Johann Bernhard Basedow representan una pequeña y cálida esperanza en este sentido.

Cuando la naturaleza humana haya alcanzado su pleno destino y su máxima perfección posible, se instaurará el reino de Dios sobre la tierra. Imperarán entonces tanto la justicia como la equidad, en virtud de una conciencia interna y no por razón de alguna autoridad pública. Esta es la suprema perfección moral que puede alcanzar el género humano, el fin último al que se halla destinado, sin importar que haya que esperarlo sólo tras el transcurrir de muchos siglos. ❖